

DISCURSO XXXI.

Asuncion.

Assumpta est Maria in coelum, gaudent angeli.

*(Ex Ecclesia, in offic. B. M. V.)
Consolatrix afflictorum.*

(Item in Lit. Lauret.)

Maria subió á los cielos, se regocijan los ángeles.
Consuelo de los affigidos.

CON qué objeto subo yo en la presente tarde á la cátedra del Espíritu Santo? ¿Qué significa la dilatada extension de este suntuoso templo, dentro de cuyas naves se alzan hasta los cielos las plegarias de los fieles mezcladas con el incienso de los altares, y en cuyo más elevado lugar aparece presidiendo la augusta presencia del Cordero immaculado? ¿A dónde nos conducen nueve dias de cánticos no interrumpidos y de oraciones continuas, qué, cruzándose como las aves en la region de los vientos, porfian para llegar cuanto ántes al trono de la Divina Providencia? ¿Qué busca esa multitud de gente, agrupada en derredor de las sagradas aras y pendiente de los labios del orador evangélico, esperando, como una caterva de polluelos en torno de su madre, á que se les reparta el pan de la divina palabra? Respondan por mí, católicos, los religiosos sentimientos de vuestro corazon. El objeto que aquí nos congrega es poco ménos que incomprendible al entendimiento humano; la sublimidad y la grandeza del asunto son tan superiores á mis fuerzas y exceden tanto á mi capacidad, que desistiría de dirigiros la palabra á no mediar el cumplimiento de los deberes del ministerio sacerdotal, y á no contar para ello con los auxilios de la divina misericordia. ¡Objeto grande! Maria: ¡asunto

sublime! su Asuncion á los cielos. Un espíritu feliz que, saliendo de la boca del Altísimo, existiera ántes que ninguna criatura; un espíritu puro que, al lado del Espíritu de Dios, presidia, embellecía y embellecía á la creacion, al mismo tiempo que infinito en gracia y en santidad formaba las delicias del Sér Supremo y llenaba el vacio de sus infinitas complacencias; un espíritu que habia dado vida, animacion y aliento á un cuerpo perfectísimo, tan hermoso como el pomposo cáliz de una rosa, tan seductor como el delicado aroma de una azucena, adornado de más virtudes que arenas encierra en sus entrañas el cristalino y sosegado mar; enriquecido de más atributos y privilegios que portentos alabamos en todos y en cada uno de los séres que forman el admirable conjunto de la naturaleza; este espíritu, digo, se prepara, rompiendo los vínculos de la mortalidad, á subir y descansar en el regazo del Amado que le predestinó; y sube y descansa.

Hace pocas horas, como á la mitad de la noche, en medio de una oscuridad que ennegrece la esfera, así como enlutan al corazon las ilusiones perdidas, el cenáculo de Sion ha oido resonar dentro de sus artonados un *adios* lúgubre y patético, la despedida, de una tierna Madre, que ha hecho saltar de los ojos, como improvisados surtidores, las lágrimas de sus hijos. Á los profundos suspiros de las piadosas mujeres y á los melancólicos ayes de la asamblea apostólica, únense las festivas músicas de las gerarquias angélicas: la tierra gime porque se ausenta su aurora: los cielos se alegran porque les vuelve su sol: lloran los hombres porque desaparece su Madre; celebran los ángeles y los bienaventurados la suspirada aparicion de su Reina y de su Señora. Un relámpago que esclarece la habitacion mortuoria, indica que la majestad de Dios ha glorificado el alma de la que durmió, tranquilamente reclinada la cabeza, sobre la diestra del Omnipotente. El aura, al mismo tiempo que riza con un soplo halagador las hojas de los tulipanes y mece insensiblemente el tallo de las siemprevivas, aspira perfumes tan dulcísimos, que el ambiente que se respira en el mundo es el ambiente del paraíso: un sentimiento de amor, un sentimiento de gratitud ha inspirado y puesto gorgeos tan sonoros en la garganta de los pajaritos, que se diria que, en competencia con las endechas de los Arcángeles, se preparaban á realizar un trastorno universal, confundiendo lo humano con lo divino; pero todos lloraban y todos se despedían.

Una comitiva fúnebre tributa los últimos homenajes á la mujer, en cuya sonrosada mejilla no ha podido estampar su huella la palidez de la muerte: la que por efecto de los incomprendibles jui-

cios del Señor no fué pecadora, tampoco es ahora cadáver. Cerráronse sus párpados á la luz del tiempo con la misma paz que se cierran los de un niño á quien sorprende el sueño entre los brazos de su Madre: su boca quedó entreabierta, y como en el semblante de la Virgen, al concluir las setenta primaveras de su vida, no causaron el más leve detrimento las arrugas de la vejez, sus lábios parecían al capullo de una rosa cuando se entreabre para dar entrada en su cáliz á los ósculos del céfiro matutino. El cuerpo de Maria, conducido á la última morada, arrastra tras de sí las bendiciones universales; y el huerto de Gethsemani, teatro de unos triunfos que no basta á celebrar la lengua del hombre, vé levantarse en su frondoso suelo un sepulcro más; pero un sepulcro donde no habita ni la fetidez de la corrupcion, ni el horror de los gusanos, ni la yerta ceniza, emblema el más expresivo de nuestra nada. El sepulcro de Maria era más bien una ofrenda hecha al amor, una recompensa á la virtud, un canastillo de flores. Apóstoles y discípulos del Salvador que velais hace tres dias junto al sarcófago de la Virgen predestinada; matronas cuyo dolor y sensibilidad se ha depurado sobre la fosa donde depositásteis á la mujer privilegiada que llevó en su casto seno al árbitro de la naturaleza, separad la lápida de esa tumba, y despedios por última vez, con lágrimas y con oraciones, de los frios despojos de vuestra Madre y de vuestra Reina...; pero vuestra Madre reina ya en cuerpo y en alma en los jardines de la Sion bendita; vuestra Reina desempeña, sostenida sobre las alas de los querubines, el cargo de Madre muy cerca de la Santísima Trinidad.

Recoged y depositad esas flores por cuyo tejido sutil ha inoculado el contacto del cuerpo de Maria una fragancia que adormece los sentidos, y que son el símbolo de la corona inmarcesible que rodea su frente en la mansion de los justos: depositad y recoged ese sudario santificado por la santidad de Maria, y que es la figura mas exacta del amparo que desde su refulgente trono ha de dispensar como Madre á todas las criaturas. *Assumpta est Maria in caelum, gaudent angeli.* Maria Santísima subió á los cielos cortejada por los espíritus celestiales que, pasmados de tanta gloria y de hermosura tanta, quedaron, alabando al Señor, estáticos y suspensos de regocijo. *Assumpta est Maria in caelum.* Maria Santísima subió á los cielos para ser la alegría de los confesores, la corona de los mártires, el embeleso de las vírgenes, la Hija de los candores, la Madre de los amores, la Esposa de los cariños y el espejo de justicia donde se reflejan, sin lunar que lo mancille ni ráfaga que lo empañe, las prerrogativas, los atributos, los pri-

vilegios y las perfecciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Assumpta est Maria in caelum.* Maria Santísima subió á los cielos para ser antorcha de nuestra fe, áncora de nuestra esperanza, llama de nuestra caridad, refugio de los pecadores, auxilio de los cristianos y consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.* Con este carácter la voy á presentar á vuestra consideracion en esta última tarde, y para mayor claridad os manifestaré, en la primera parte de mi discurso, *quién es Maria Santísima,* y en la segunda *cómo es el consuelo de los afligidos.*

Padre amoroso, que no desatendeis las súplicas de los que os llaman por el conducto de vuestra Hija predilecta; Hijo encarnado, que acudis propicio á los gemidos del que os invoca por la intercesion de la Madre que os llevó en sus entrañas; Espíritu consolador, que abrasais el corazon que os envia sus suspiros envueltos en el nombre de la Esposa de vuestras delicias; Beatísima Trinidad en personas y un solo Dios en esencia; adorable, augusto y santísimo Sacramento del altar que autorizais solemnemente estos espléndidos obsequios que se consagran á la Virgen Santísima, Madre y Señora del Consuelo, consolad en estos momentos mi corazon de las penas que le atribulan, derramad en mi alma el bálsamo de vuestra gracia, y poned en mis lábios una centella de vuestro amor, para engrandecer hasta donde alcancen mis fuerzas á aquella criatura por quien nos dais más que merecemos, y á la que nosotros, en justo tributo de gratitud, saludamos diciendo:

Ave Maria.

Describir y representar con exactitud al más pequeño de esos séres privilegiados y felices que habitan en la Sion inmortal sin tener un conocimiento, si no total, al ménos aproximado de sus merecimientos, es imposible. ¿Y será fácil cosa á nuestras almas ni estará á los limitados alcances de la terrena capacidad comprender y describir á Maria Santísima, ser el más privilegiado y feliz de cuantos existen en toda la creacion, en lo visible y lo invisible, ántes que todo en el orden de la naturaleza, y despues únicamente de Dios en el orden de la gracia, sin tener al ménos una idea, aunque sucinta, de quién es Maria Santísima? ¿Habrá génio tan precoz, lengua tan atrevida, pluma tan acertada ni pincel tan brillante que pueda retratarnos á Maria, no ya cual Ella es en sus sublimes y admirables relaciones con Dios, sino en su trato familiar y en su maternal comunicacion con los hombres? Mas, imposible, cristianos.

¿Quæ est ista? ¿Quién es ésta, diré yo ahora repitiendo la expresión de pasmo de los Querubines y Serafines, á quienes cupo la envidiable suerte de recibir á Maria en los alcázares celestiales, en el momento mismo de su triunfal asuncion á los cielos? *¿Quæ est ista?* ¿Quién es ésta que se levanta de los desiertos del mundo purificando los aires con la fragancia de sus virtudes? *¿Quæ progreditur quasi aurora consurgens?* ¿Qué eleva su frente candorosa, como la rubicunda aurora, que alegra como la plateada luna, que resplandece como el sol, y á cuyo nombre desaparece el pecado y tiemblan y se estremecen el demonio y sus secuaces? *¿Quæ est ista?* ¿Quién es ésta? Esta es Maria, la más prudente entre las vírgenes de Sion y la más delicada y hermosa entre las hijas de Jerusalem. Maria es una criatura *Tota pulchra*, en cuyo corazon no se encontró la más ligera mancha, ni se encontrará si la buscáramos desde la eternidad. Maria es una criatura, *Gratia plena*, llena de gracia; alma que se abrió al soplo del espíritu santificador, alentada por la fe, arrullada en la cuna por el soplo de la esperanza, y nutrida en todos los instantes de su vida por el fuego de la caridad.

Si miramos á su belleza, es indecible; si atendemos á sus encantos, son incomparables; si buscamos en lo más exquisito y seductor de la naturaleza un rasgo que represente á nuestra imaginacion el ideal bendito de Maria, Maria eclipsa á la naturaleza, como eclipsan los rayos del sol el lánguido resplandor de la estrella de menos magnitud. Maria Santisima es una criatura *Benedicta tu in mulieribus*. Bendita entre todas las mujeres y la más noble de todas las criaturas. Dotada de tan altísimos privilegios, que por ellos y por su abnegacion profunda y por su voluntad siempre obediente fué proclamada en su último dia como Emperatriz del cielo y del mundo, y los habitantes del cielo y del mundo se honran doblando ante Maria la rodilla. Pero prescindamos de sus privilegios; y si hablamos de sus destinos, solo uno, católicos, el haber sido destinada para Madre del mismo Dios, dá una idea tan elevada de la Virgen, sugiere un pensamiento tan eminente de la Hija de Nazareth, que en Ella contemplamos una cosa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento del hombre puede comprender. Madre de Dios, revestida de tanto poder que en Ella se refleja la omnipotencia del Padre que la eligió por Hija: Madre de Dios, enriquecida de tanta sabiduria, que en Ella se refleja la sabiduria del Hijo que la escogió para su Madre: finalmente, de Dios; pero poseida de tanto amor, que en Ella se refleja perfectamente el amor del Espíritu Santo que la destinó para su Esposa.

Maria Santisima es la Mujer en cuyo corazon cabe más bondad, porque es la imágen más acabada de la bondad inñita de Dios. La de corazon más magnánimo para padecer; la de corazon más generoso para perdonar. Madre, por su heróica magnanimidad, de lo más grande, que es Jesucristo; Madre, por su inimitable generosidad, de lo más miserable, que son los pecadores. Tan amante de su Dios, que el amor de todos los justos y de todos los bienaventurados es un átomo comparado con el que le tiene Maria Santisima; tan amante de los hombres, que el cariño que la Virgen Santisima nos tiene solo puede compararse con el cariño que nos profesa el mismo Dios. Maria, si es el alma más rica por lo que recibió del Eterno, es tambien la más pródiga para dar de lo mismo que recibió; por eso nos ha dado, despues del fruto bendito de su vientre, el Redentor del género humano, lo más tierno, lo más dulce y lo más amable que podia darnos, que fueron su nombre y su corazon. La vida es un mar borrascoso de dolores y de infortunios, y apenas dejan de arrullarnos en ella las auras de la niñez, levántanse contra nosotros las oleadas soberbias de la tentacion, silban furiosos los vendabales de las pasiones, nos sitian las enfermedades, desfallecemos en el dolor, zozobramos en la adversidad, y al tocar nuestro último término nos sumergiriamos en el abismo de nuestra perdicion eterna sino hubiera para nosotros un nombre que, invocado, nos confortase, y un corazon que, compasivo, nos recibiese. La tierra es un erial sembrado de abrojos y de espinas, erizado de malezas y envuelto en la oscura niebla de la tribulacion y de los desengaños; y nos perderíamos en tan intrincado y tenebroso laberinto si no hubiera para nosotros el nombre de Maria que nos ilumina, y el corazon de Maria que sostiene nuestro corazon. La niñez con su imbecilidad y sus gemidos; la juventud con el desenfrenado torrente de sus apetitos, y la ancianidad con su impotencia y sus achaques, serian mucho más peligrosas y mucho menos soportables si cada edad no encontrase un remedio en el nombre halagüeño de Maria, y su albergue de paz y de consuelo en el corazon angusto de Maria.

Maria, segun lo indica su nombre, es el mar pacífico de las delicias y el piélago inagotable de las esperanzas de un cristiano. Maria, segun lo manifiesta su corazon, es, despues de Dios, todo cuanto nosotros podemos apetecer. Tenemos en Maria un canal sosegado y cristalino por donde atravesar desde la cuna al sepulcro, guiados per una estrella que es Ella misma; compañera inseparable que nos lleva como de la mano por la peregrinacion escabrosa y difícil de la virtud; acueducto misterioso de la gracia,

fuelle peregrina de la misericordia, áncora de salud, puerto de refugio y garantía segura y única de nuestra eterna y suspirada salvacion. Esta es Maria, señores: contemplémosla, aunque con alguna brevedad, consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.*

Entristecido el medroso caminante cuando los postreros rayos del sol encuentran su sepulcro en el ocaso, disminuye las penas que amargan su corazon al aparecer la luna en el firmamento. Los últimos reflejos del Sol divino desaparecieron á vista de la fatigada naturaleza en el ocaso de un deicidio injusto y horroroso: fijaron entonces sus miradas las generaciones melancólicas buscando en el firmamento de la vida una luna consoladora, y la encontraron en Maria, Maria apareció consolando á los mortales afligidos en la ensangrentada superficie del Calvario. La muerte de Jesus acababa de dejar huérfanos á los hombres y sin guia en el peligroso sendero que habian de atravesar en el momento mismo en que, rompiendo las cadenas que les oprimian, los redimiera de la esclavitud de la culpa y de la tirania del demonio; pero el Pastor Eterno, como reconcentrándose en el insondable golfo de su increada sabiduria, proveyó á la extrema necesidad de los hijos del dolor y del desamparo, haciendo aparecer en lo más desesperado de la tormenta una mujer, cuyo nombre, cual iris misterioso, unia los cielos con la tierra, y por cuya mediacion los hombres, reanimados por el hálito de una esperanza lisonjera, entraban en pacífica posesion de la misericordia de su Dios; era, cristianos, el dulcísimo nombre de Maria.

El nombre de Maria es por sí solo verdadero consuelo de afligidos, nos pone, cuantas veces le pronunciamos, en presencia de la Reina de los cielos, y la humildad con que la llamamos y la confianza con que la pedimos y el amor que en nuestra peticion humilde la manifestamos, nos grangea el derecho de ser de Ella favorecidos, y como que la imponen la obligacion de acudir á nuestro socorro tan pronto como la Señora se apercibe de nuestra necesidad. Extraviado el inocente corderillo de la pradera donde apacienta su madre, vá y viene, torna á ir y vuelve á tornar, y sufre porque no la halla, y se contrista porque la cree perdida; y bala una, dos y cien veces, y la cordera le contesta con otro balido igual; y le reconoce, porque el balido del cordero, que es la expresion del corazon del Hijo, es tambien el balido de la cordera, que es la expresion del corazon de la Madre. Piérdase el alma en hora buena en los desiertos del mundo; llore som-

bria y solitaria los dolores de una ilusion perdida ó la amargura de un desengaño que llegó demasiado pronto; pero busque á Maria con fe, y la encontrará; llámela con esperanza, y nuestra Madre le contestará; sígala con lealtad y con perseverancia, hónrela con potencias y sentidos, y la ilusion del mundo será una realidad del cielo, y el prematuro desengaño será presagio felicísimo de un bien que nada puede destruir. El rebaño de Jesucristo tiene muchas ovejuelas que, aturdidas con los infectados vapores del error, recelan, desmayan y se extravian; pero hay una Pastora que vá en seguimiento suyo, que las busca con maternales ansias, que las reúne con amorosa solicitud, que las congrega en derredor suyo, oyendo compasiva las querellas, y consolando cariñosa las aficciones de cada una: *Consolatrix afflictorum.* Y los vapores se desvanecen, y los peligros se ahuyentan, y las ovejas se salvan... Esta pastora es Maria.

Y despues del Hijo, ¿dónde buscarémos el consuelo sinó en el alma de la Madre? Maria Santísima es el consuelo de los afligidos, porque es Madre de Dios. Tan grande es Maria Santísima en el destino de la divina maternidad, que Dios hubiera podido formar un mundo mayor que el existente; pero no hubiera podido crear una madre mayor que Maria, á quien destinó para Madre suya. Como Madre de Dios, llevó en el reducido espacio de su vientre virginal al que no cabe en la espaciosidad inmensa del empíreo; y como tal, dispone amplia y absolutamente de la misericordia del Señor; y no hay refugio más seguro para el pecador, ni auxilio más poderoso para los cristianos, ni consuelo más eficaz para los afligidos que esta misma misericordia dispensada por la mediacion de Maria Santísima. Maria Santísima es nuestra Madre, pero Madre incomparable, de la que no conocieron igual los tiempos pasados ni la conocerán tampoco los siglos venideros. Como Madre de los hombres, detiene continuamente el brazo de Dios que amenaza descargar sobre nuestras iniquidades el azote de su tremenda justicia; como Madre de los hombres, conserva y multiplica la gracia en el corazon del hombre justo, y alcanza docilidad al perverso para responder cuanto ántes al llamamiento de una celestial inspiracion. Si nadie como una madre ama á sus hijos, es innegable que nada influye en el alivio de las penas de los hijos como el entrañable consuelo de la madre; buscadme, pues, un amor como el de Maria; buscadme unas penas como las penas que se padecen sin Maria; buscad para nuestras almas un bienestar como el que nos ofrecen los consuelos de Maria: *Consolatrix afflictorum.*

El que posee ó cree poseer la felicidad, posee tambien y participa de todas las alegrías que ella proporciona: poseer á Maria es ser dueños de una felicidad, no quimérica y deleznable como lo son todos los goces de la tierra, sinò de una felicidad positiva y real, de una fortuna invariable y sólida, y el solaz que encontramos en ella necesariamente ha de ser partícipe de todos los caractéres de esta misma felicidad. Somos además universales herederos del corazon de la Virgen, traspasado con los dolores del Hijo, abrazado con los amores del Hijo, delegada como fué en los últimos momentos del Hijo para ser en el tiempo, lo mismo que en la eternidad, el único consuelo de los afligidos. Los vínculos más poderosos que unen á un hombre con otro hombre, á un pueblo con otro pueblo, á una nacion con otra nacion, son los del amor y de la amistad; el amor identifica las almas; la amistad encadena los corazones; y el alma y corazon, unidos por un solo principio, la Religion, soportan las penalidades, arrostran los peligros, superan las dificultades, y el aislamiento desaparece, y los vicios se estirpan, y las virtudes se aumentan y subsiste la sociedad. La Iglesia militante, el pueblo cristiano, esa sociedad que unas veces se levanta airosa como la palmera del desierto, y que otras aparece combatida y avasallada pero nunca vencida por sus enemigos, como la góndola avasallada por las fluctuaciones del mar; esa institucion divina cuyo Dios es uno, cuya Cabeza visible es una, y una su fe y uno tambien su bautismo, crece y se afianza y se sostiene asimismo por los vínculos de un amor y de una amistad: el amor y la amistad de Maria.

Descendamos á contemplar á Maria Santísima, consuelo del afligido cristiano, en el oscuro recinto de su vida privada. Perdió la gracia por el pecado mortal; ofuscada la razon por el remordimiento, vá siendo poco á poco presa del vértigo de la desesperacion; el ángel de las tinieblas, aprovechándose de este vértigo, ò abre á sus piés la sima de una horrible condenacion, ò le pinta revestido de flores el camino del principio: la virtud es para él impracticable; la salvacion una pesadilla; la ley de Dios un yugo insoportable; tras de un abismo otro abismo, tras de un crimen otro crimen. El delincuente, doblando la cerviz bajo la vergonzosa coyunda de las pasiones, y desoyendo el grito aterrador de su manchada conciencia, se abandona al mal, despoja su corazon de todo sentimiento de ternura, nada cree, nada espera, y circula por sus venas el virus de una fria insensibilidad; pero súbito alza los ojos; sus miradas tropiezan impensadamente con una imágen de Maria; la contempla y le corresponde; la habla y le

escucha; la busca y la encuentra; allí está la inspiracion, tras de la inspiracion está la gracia, tras de la gracia el consuelo. *Consolatrix afflictorum.*

Agudos y tétricos ayes hacen estremecer el lecho del dolor; enfermedades y padecimientos que sólo podemos sufrir con resignacion cuando las consideramos como venidas de la mano de Dios, amenazan truncar el hilo de nuestra existencia: el alarido continuo es nuestro alimento, y nuestra medicina un llanto que no se enjuga jamás, porque el que padece no tiene más alimento ni otra medicina que el quejido y las lágrimas. Pero el enfermo ha suspendido sobre su cabecera una imágen de Maria, imágen que está fuertemente grabada en lo íntimo de su corazon; y á su recuerdo el corazon se robustece, los dolores se modifican, las congojas mortales desaparecen, el sepulcro se cierra, el enfermo invoca el nombre de Maria, y á tan dulce invocacion reaparece la salud, y con la salud viene el consuelo. *Consolatrix afflictorum.*

La indigencia y el hambre ofrecen á la imaginacion el cuadro más desgarrador en el seno de una familia: un padre anciano se lamenta de no tener pan para sus hijos; una madre enferma muere mil veces sin dejar de vivir al considerar que una hija, pedazo de sus entrañas, puede corromperse ó agostarse al inmundo soplo del engaño ó de la seducccion, como se corrompe ó agosta la flor más lozana por el inficionado aliento del ábrego abrasador. Pero pidieron una limosna por Maria Santísima... y el avaro sintió, acaso la primera vez en toda su vida, latir en su pecho el sentimiento de la caridad, y socorrió al anciano, amparó al huérfano, libertó á la doncella; y franqueando sus tesoros para aliviar benéfico las desgracias de sus semejantes, dispuso tambien su alma para recibir espiritual y temporalmente, de mano de Maria, la recompensa centuplicada de la limosna.

Maria es todo lo grande; por su grandeza es todo lo bueno; por su bondad es la sola, despues de Dios, que puede henchir de consuelo el vacío de nuestro desconsolado corazon... Hasta esa misma devocion que profesamos á la Virgen, que es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado y una necesidad del corazon; esa misma devocion que nos asegura la predestinacion y que nos prueba hasta la evidencia la verdad y la autoridad de la fe, es una emanacion de Maria, es una fineza de Maria, es un auxiliar de que la Señora se vale para manifestarnos y convencernos de que peregrinando sobre la tierra, lo mismo que arrebatada en el dia de su gloriosa y magnífica Asuncion á los cielos, ha sido, es y será para todas las almas, en todas las condiciones, en todos

los estados y en todas las situaciones de la vida, el único consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.*

Y ¿no es verdad, Virgen Santísima, que así lo prometisteis al mundo en aquella época memorable y gloriosa para Vos, memorable y utilísima para nosotros? Y ¿no es verdad que así lo habéis cumplido y seguiréis cumpliéndolo hasta la consumación de los siglos? Sí, cristianos; y ¡cuán poco es lo que de nosotros exige Maria Santísima en retribución de tanta generosidad! La imitación de sus virtudes y el cumplimiento con los mandamientos de nuestro Dios. Anímonos, pues; y ahora que la ocasión se nos presenta, acudamos á exponer nuestras cuitas y necesidades á los piés de la Virgen Santísima del Consuelo. El azote de la guerra amenaza reducir á escombros y cenizas una parte considerable del universo: el azote de la peste hace en algunas naciones de las habitaciones sepulcros, y de los campos cementerios: el azote del hambre destruye provincias enteras, y la presente generación amenaza desplomarse bajo el peso de sus delitos y al empuje de la cólera celestial. Consoladnos, Señora, de las infinitas aficciones que nos rodean: consolad en primer lugar á nuestra afligida Madre la Santa Iglesia católica apostólica romana, única y verdadera: á los hijos del suelo español, vuestros por adopción y por elección; consolad á los pobrecitos pecadores, para que mediante vuestro patrocinio salgan del infeliz estado á que se ven reducidos: á todos los cristianos que durante nueve días han concurrido á este santo templo con el sólo objeto de honraros y glorificaros, dándoos una prueba más del cariño que os profesan y de la confianza que en Vos tienen depositada. Consolad muy particularmente á los que hoy os consagran esta festividad, porque á ello han contribuido con sus limosnas. Á todos los desterrados consoladnos y guiadnos, pues sois estrella de la mañana, por este valle de lágrimas, para que algún día tengamos también por Vos, que sois asimismo puerta del cielo, la incomparable dicha de entrar á ser partícipes de las dulzuras eternas en la bienaventuranza. Así sea.



DISCURSO XXXII.

Coronacion.

Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis gloria honoris, et opus fortitudinis.

Resplandecía en su cabeza una corona de oro, esculpida con el sello de la santidad, con la gloria del honor, y que es obra de poder y de fortaleza.

(Palabras de la Iglesia, tomadas del libro del *Eccles.*, cap. XLV, v, 14.)

HABIA desaparecido, cristianos, de sobre la faz de la tierra, y por un efecto de los incomprensibles juicios de Dios, la más hermosa, la más privilegiada y más Santa entre todas las criaturas. Al mismo tiempo que una losa cubría el sepulcro donde descansaba con angelical quietud el cuerpo incontaminado de la afortunada y nunca envejecida Virgen de Nazareth, avanzaba el crepúsculo de la tarde, destacaba veloz la noche el manto de sus tinieblas, y el disco del sol, como velando su angustia en un ropaje sombrío, se despedía del Oriente y se sepultaba en el ocaso. Sólo una mujer faltaba en la naturaleza, y parecía que faltaba todo. El alma creyente, el corazón sensible y la imaginación filosófica descubrían en cuanto en derredor miraban un misterio tan profundo, pero tan marabóico, que vertía gota á gota la copa de la amargura sobre todos los seres racionales é irracionales, insensibles y sensibles.

Los arbustos que ántes reverdecieron, agostados ahora por un cierzo abrasador, dibujaban sobre la pálida superficie el nombre de Maria: las ojas de los árboles, agitadas por un aire turbulento, murmuraban y hacían resonar, en las extremidades de los opuestos polos, el nombre de Maria: las flores inclinaban sus frentes